LA MAQUINARIA DE LA GUERRA
por
dStrangis

Giró la cabeza hacia su derecha cuando varias balas se clavaron en el duro acero de la mesa, levantando la pintura metalizada que la cubría pero sin llegar a atravesarla. Otra más golpeó junto a su brazo, haciendo que el metal caliente le quemara y que un gruñido sordo, casi animal, surgiera de sus labios para luego, tan rápido como había comenzado, apagarse en ellos. Demasiado tarde, su falta de autocontrol le había delatado.

Una nueva ráfaga atravesó la oficina, con un silbido que llevó a su memoria recuerdos de tiempos mejores, en los que las cosas eran muy diferentes y todavía se consideraba humano a sí mismo… los abandonó de inmediato. Aquellos pensamientos no llevaban a ninguna parte y comprometían todavía más la situación. Debía pensar fríamente, analizarlo todo al detalle, evaluarlo y elegir la mejor opción. Aquel era su trabajo, para aquello era para lo que le había contratado el DPA en lo que era ya otra vida. Había sido bueno, muy bueno, haciéndolo. Antes de que todo cambiara…

Tres cargadores de seis balas en la sobaquera derecha y otros cuatro en el cinturón. Pocas balas para tantas amistades como le aguardaban, queriéndole saludar en cuanto asomara la cabeza por encima de su improvisado parapeto. Vació su AWS Six–Series con un solo movimiento, dejando caer los casquillos al suelo. El sonido del metal al rodar y rebotar se multiplicó como dotado de vida propia. Tan alto y tan claro que el grupo de asaltantes, ocho había contado mientras trataba de esquivar las andanadas, rió al unísono con una voz hueca, filtrada por sus simuladores de voz.

—Ríndase, Masters, no tiene sentido que siga alargando su sufrimiento —dijo la de su cabecilla, acompañada del zumbido del metal del exoesqueleto en el que se había embutido al poco de comenzar la refriega. Otro zumbido, éste algo más agudo, se le unió de inmediato y varias luces rojas se proyectaron contra la pared que había a sus espaldas, trazando líneas de color en el polvo de los extintores que todavía llenaba el aire, como una niebla química y blanquecina—. Va apagar por todo lo que le hicisteis a nuestros compañeros en la Torre.

—¿Y las tres leyes…? ¡A la mierda con ellas! ¡No les hicimos nada más que lo que ellos nos habrían hecho a nosotros! —respondió, con la garganta seca. Tanteó los bolsillos de su

desteñida gabardina. Era una de muchas, útil aunque pasada de moda, llena de bolsillos que en aquel instante estaban vacíos salvo por una granada EMP y lo que debían ser los restos del envase de patatas fritas que estaba comiéndose antes de que todo aquel asunto comenzara. Un asunto feo, no podía negarlo. Recargó su arma—. Muchos más de nuestros agentes murieron después de que vuestro dueño decidiera activar las bombas.

—¿Nuestro? —rió la voz, mientras las luces se unían para formar un único haz, brillante, gordo como una pelota de golf, y el zumbido se hacía más grave, tanto como para confundirse con el de los servos y las fugas de presión de la maquinaria hidráulica del traje. Casi demostró cierto humor, aunque Alan sabía que sólo era parte de los programas de simulación—. Sabemos lo que es, Masters, ¿o preferiría que le llamásemos por su verdadero nombre?

No dejó que lo que decía le afectara. Llevaba demasiado tiempo tratando de negarlo como para caer en aquella trampa. Él era quien tendía trampas, quien era capaz de engañar y seducir con una sola palabra. Aquella era la mejor arma de la que disponía. No la granada o el revolver. Simplemente las palabras justas en el momento apropiado. Ya tenía la palanca. Lo que necesitaba con urgencia era un punto de apoyo, por pequeño que fuese.

El zumbido se hizo aún más grave y reverberó por todas las oficinas, destrozando los pocos cristales que todavía permanecían enteros. Con un crujido, un trozo del espejo que cubría uno de los muros cercanos se desprendió y el hormigón que había bajo él quedó al desnudo. Con un chasquido, se convirtió en mil trozos de metralla, que volaron brillantes y resplandecientes, distorsionando los haces de luz roja del arma de su enemigo y descentrando por un instante sus sistemas de puntería.

La gabardina aleteó en el aire, reflejada en el millar de pedazos en los que, como un irreal polvo de hadas, se iba desgajando la superficie de cristal. Los rayos láser convergieron en ella antes de que pudiera alcanzar el punto más alto de su trayectoria y, con una descarga de un sonido que iba más allá del sonido, la volatilizaron. Acto seguido, el haz de destrucción descendió el vertical y golpeó la mesa. Con una protesta el metal se dobló y acto seguido se empotró más de un palmo en la pared. Luego, los puntos de luz roja volvieron a danzar erráticamente.

Una única detonación fue la respuesta que obtuvieron. Sucia, seca. Un trozo de plomo propulsado a una velocidad asombrosa que atravesó el cráneo de uno de ellos y rebotó en su interior varias veces antes de salir de nuevo, llevándose consigo una buena parte de su región

occipital. Después reinó el silencio sólo roto por el sonido de los aspersores antiincendios que, en aquel momento y sin una razón aparente, decidieron entrar en funcionamiento.

—Debemos agradecerle que no se rinda, agente Masters —gruñó la voz cubierta de estática, al tiempo que la enorme estructura mecánica que tripulaba se giraba de un lado a otro con el sonido de sus inyectores hidráulicos moviéndose a una velocidad para la que no habían sido diseñados—. La nueva muerte de éste hermano quedará archivada entre las que le debemos personalmente a usted. Resultará, si cabe, aún más placentero acabar con usted por su traición a nuestra forma de vida.

Alan Masters, se dijo a sí mismo tratando de recuperar algo de la cordura que las palabras de aquel individuo le arrebataban, soy Alan Masters, agente del DPA, sección de relaciones públicas, veintiocho años, dos de servicio activo. Vividor, seductor impenitente, galán de éxito… soy todo eso, no a lo que ellos pretenden reducirme. No soy un número…

—¡NO SOY UN NUMERO! —gritó desde detrás del florero, donde se había refugiado justo a tiempo de ver como el lugar que había ocupado un instante antes era reducido a chatarra. Otra bala del cañón de mano que era su arma impactó directamente en el pie de uno de los asaltantes. La extremidad voló convertida en una amasijo de carne sintética, nervios superconductores y chispas centelleantes, revelando la falta de humanidad de aquellos seres. Otra más le arrancó de cuajo un brazo, haciéndole girar sobre sí mismo como un pelele hasta derrumbarse.

La planta, la pared y todo lo que había a su alrededor fueron barridos por una ráfaga de las armas ligeras de los supervivientes. Cuando no quedaba nada más grande que un botón, los haces rojos se posaron en el desastre y una onda sónica lo barrió todo y lo encajó contra el muro. Varios trozos de él cayeron sobre los restos.

—Le tenemos —susurró la voz—. Estaba débil y no pudo realizar la transformac…

Una mole de acero se levantó de repente de entre los escombros. Había tratado de hacerlo bien, de ser el que siempre había sido, pero no se lo habían permitido. Ahora lo pagarían con creces. Su primer error había sido convertirle en una máquina de guerra. El segundo, dejarle recordar quién había sido.

Alan Masters se alzó, convertido en uno de ellos, sin poder dejar de odiarse a sí mismo.

¿Cómo iba a volver a considerarse humano?